JAHRGANG 1 HEFT 1 OKTOBER 1920

PROLETARIER

ZEITSCHRIFT FÜR KOMMUNISMUS

Herausgeber:

ALLGEMEINE ARBEITER-UNION,
KOMMUNISTISCHE ARBEITERPARTEI DEUTSCHLANDS,
KOMMUNISTISCHE ARBEITERINTERNATIONALE

PROLETARIO

REVISTA PARA EL COMUNISMO

Editada por:

UNIÓN GENERAL DE TRABAJADORES
PARTIDO COMUNISTA OBRERO DE ALEMANIA
INTERNACIONAL COMUNISTA OBRERA

Nota editorial

Las adiciones y las referencias bibliográficas actualizadas del editor de la presente edición se indican entre corchetes.

Las reglas de la ortografía alemana actual se respetan por regla general; las particularidades lingüísticas propias de la época —incluido el uso incorrecto de superlativos— se mantienen, en cambio, en las transcripciones. Otros errores evidentes han sido corregidos.

Los originales de estas transcripciones son las publicaciones del Antonie Pannekoek Archives (aaap.be), puestas a disposición por el IISG (Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis – International Institute of Social History). Además, se nos ha concedido acceso a los archivos privados de Hermann Lueer (Hamburgo) y Thomas Königshofen (Neuss) para los años 1924 a 1927.

Proletarier. Zeitschrift für Kommunismus
[Proletario. Revista para el comunismo]
Cuaderno 1, octubre de 1920.

Edición y traducción al español:

Colectivo Obrero Comunista

Sitio: https://colectivoobrerocomunista.wordpress.com/
Correo electrónico: colectivo.obrero.comunista@tutamail.com

Índice

- Observaciones fundamentales sobre la política mundial
- ¿Unificación de los partidos comunistas de Alemania?
- Comunismo oriental y occidental
- El parlamentarismo en la revolución proletaria
- Arte narrativo proletario
- Notas políticas:
    - La Internacional Comunista
    - Una "sensación" política
    - La bancarrota del capitalismo
- Teatro proletario

Observaciones fundamentales sobre la política mundial

La lucha entre capital y trabajo en su forma agudizada y belicosa comenzó en agosto de 1914. Irrumpió a través del revestimiento de la guerra imperialista, que la hacía invisible para la mayoría de los ojos, y se manifestó abiertamente como lucha de clases, en la forma de la guerra civil, en el levantamiento de los bolcheviques de octubre de 1917. Con esto no se quiere decir que a partir de entonces la continuación de la lucha de clases se desarrolle siempre, o siquiera en líneas generales, en esta forma pura y claramente visible. Ya en el período intermedio hasta hoy han ocurrido —y en el futuro ocurrirán aún más— los más extraños y engañosos encubrimientos. Solo se podrá ver a través de ellos si se tiene siempre presente que la lucha es una lucha del trabajo por su liberación de la explotación.

En la conciencia de las grandes masas humanas, esta lucha se librará durante mucho tiempo todavía como una lucha política, es decir, como una lucha por el derecho, por las fronteras, por los territorios de dominio, una lucha de opresión y de rebelión, una lucha por mandar y obedecer. Con medios políticos se mantiene en todo el mundo la explotación, la buena vida de unos pocos a costa del producto del trabajo de muchos. Y si un militar prusiano dijo de la guerra que no era sino la continuación de la política por otros medios, con el mismo derecho se puede decir: la política no es sino una continuación de la guerra por otros medios. Porque detrás de todos los medios de la política se encuentra, como último recurso, que amenaza cuando nada más funciona, la guerra, la violencia, el uso de las armas —que no son otra cosa que el refuerzo técnico del puño que golpea.

La lucha política, con su última y más aguda expresión, la guerra, debe seguir siendo tanto más el rasgo distintivo de las fases actuales y próximas de la lucha de clases cuanto que a las clases dominantes se les escapan de las manos cada vez más todos los demás medios para mantener su dominio, y cuanto que, por otra parte, la tarea de continuar la producción económica recae cada vez más exclusivamente en la clase explotada. En otras palabras: el trabajo económico, del que vive el mundo, los millones de personas, y sobre el que también se construye precisamente la vida mejor y el poder de los explotadores, se convierte cada vez más en tarea exclusiva de las clases más bajas; cada vez más desaparecen en todo el mundo las capas medias, los restos del mundo de campesinos y artesanos libres, y caen en dependencia del capital mundial; el antagonismo entre capitalistas y explotados se convierte cada vez más en el antagonismo que en todo el mundo aparece en primer plano como el más visible y más agudo, y hace que todos los demás antagonismos parezcan menos importantes.

El proletariado industrial de Europa occidental y América es solo una parte, ciertamente la tropa de combate más avanzada, de los explotados. Se enfrenta directamente a la fortaleza de aquellos que, además de a él, explotan también a todo el resto del mundo. Pero al extender el capital mundial desde sus centros Londres y Nueva York, París y Ámsterdam, sus tentáculos hacia los campesinos de Asia occidental y la India, hacia los fellahin egipcios y los ganaderos bóers, hacia los cultivadores de trigo de Argentina y Canadá, hacia los culíes amarillos y los trabajadores negros de las plantaciones —al organizarlos y obligarlos a todos a un rendimiento laboral máximo, se crea millones de esclavos asalariados y, al mismo tiempo, millones de enemigos.

Dos desarrollos ha provocado la guerra mundial, que deben hacer consciente esta enemistad y, tarde o temprano, llevarla a la actividad. Uno de estos desarrollos se basa en que todas esas masas humanas explotadas han llegado a ser plenamente conscientes de la urgencia con que el gran capital europeo (y americano) las necesita. Sus productos han adquirido un valor completamente distinto: cosechas enteras han sido compradas, campañas militares enteras se libraron como parte de la gran guerra por pozos de petróleo, zonas de trigo y carbón; el bloqueo económico contribuyó decisivamente a decidir toda la guerra. Y luego se reunieron también a los propios hombres, los varones aptos para el servicio militar de todas las partes del mundo, para ayudar a librar las batallas europeas de los grandes competidores del capital mundial.

En segundo lugar, sin embargo, la guerra, tanto en su desarrollo como en sus consecuencias, ha sacudido gravemente y de manera decisiva los cimientos de la producción industrial europea (y también americana). Esto significa que la población de todas las regiones de materias primas y agrícolas se ha visto arrastrada a las crisis de esta producción industrial. En parte como consecuencia de la destrucción de los medios de transporte, en parte como consecuencia de la reducción de la producción, ya no puede obtener ni una salida segura ni una verdadera remuneración por su producción — petróleo, lana, caucho, algodón, cereales, arroz, café, yute, tabaco, etc. El capital mundial, impedido por las enormes fluctuaciones de precios y de divisas para realizar cualquier cálculo serio, amenazado política y económicamente por la clase obrera industrial, ya no puede satisfacer económicamente a aquellas regiones de materias primas y agrícolas de modo que la explotación no llegue a ser consciente para ellas. Ya no puede suministrarles las masas de productos industriales que corresponderían al valor incrementado de la producción primaria.

Ambos desarrollos llevan a que el capital euroamericano pierda cada vez más el control sobre estas regiones. Allí donde existen las condiciones para ello, esto ocurre en forma de que en los países exóticos se desarrolla una industria propia que procesa las materias primas autóctonas, consume los alimentos locales, y así excluye a Europa (América del Sur, Canadá, Sudáfrica, sobre todo Japón). En otras regiones, este desarrollo lleva a levantamientos contra los opresores, levantamientos que, naturalmente, al principio están encubiertos de forma nacional, religiosa o racial; así especialmente en las regiones mahometanas, en general en Asia anterior y central. La India está dividida: en las regiones costeras hay grandes inicios de desarrollo industrial propio; en el interior domina naturalmente el momento nacional y religioso.

Todo esto, en conjunto, lleva a que el capital mundial ya no sea capaz de mantener su dominio sobre el trabajo mundial con los medios económicos de la organización del trabajo y del intercambio. Ese había sido hasta ahora el caso predominante, y los medios políticos: coerción legal, arbitrariedad administrativa, poder policial y militar, eran solo medios auxiliares. Ahora, en cambio, estos medios auxiliares deben convertirse en todas partes del mundo en los medios principales en la lucha por la autoconservación del capital. Y dado que el capital es todavía, por largo tiempo, aunque amenazado, la fuerza más poderosa, su adversario, el trabajo, debe seguirle en la elección de los medios de lucha. Así habrá guerra tras guerra, guerras civiles, guerras de liberación nacional,

levantamientos religiosos, rebeliones de la raza negra —y todo ello serán formas unas veces claras, otras encubiertas, de la lucha de clases.

También pertenece a la dialéctica de la historia que toda esta lucha, que debe orientarse cada vez más hacia medios políticos, sea en último término una lucha por la liberación de la economía de la política, una lucha contra la política; pues la sociedad sin clases del trabajo libre habrá eliminado la política junto con el Estado. De momento, solo el proletariado comunista de los países industriales occidentales ve este camino hacia el futuro. Ha comenzado a recorrerlo y ya no puede abandonarlo. Pero cuanto más avanza por este camino, más debe reflexionar sobre esos millones de explotados en el mundo que también buscan, a su manera, la liberación del dominio explotador del capital mundial. Al proletariado industrial de los países occidentales le corresponderá la inmensa tarea de organizar el trabajo en todas esas regiones agrícolas y de materias primas bajo el punto de vista de la economía mundial hacia una mayor productividad, no en forma explotadora capitalista, no perturbado por la lucha de la competencia nacional, sino en solidaridad comunista. Con ello se plantea también el problema de la división mundial del trabajo, la cuestión de si la industria debe concentrarse como hasta ahora en unos pocos puntos nucleares, si la forma actual de generación de energía y de transporte es en general económica, y muchos otros problemas sobre los que quizás se pueda hablar aquí en otra ocasión.

¿Unificación de los partidos comunistas de Alemania?

El KAPD y la Unión [AAU] han surgido de necesidades revolucionarias. Encarnan, frente al Spartakusbund —por no hablar del USPD— la mayor actividad y la expresión proletaria más despiadada y claramente definida. Cuando el KAPD (la entonces oposición) fue expulsado del viejo partido, esto fue considerado —históricamente— por la dirección espartaquista como una "acción de depuración", y por la oposición como una violación, una falsificación de sus intenciones, una dictadura de camarilla, contra la cual una "acción defensiva decidida" era lo indicado. En aquel entonces —bajo la bandera de mantener la unidad del partido— no se escatimó ningún medio, desde el soborno hasta el terror, para desorganizar a la oposición en su conjunto. No lo lograron; el KAPD y la Unión [AAU] crecieron y tuvieron amplia oportunidad de poner a prueba su teoría en el fuego de la acción. Tampoco han faltado desde entonces intentos de destruir estas organizaciones. Pero solo han sido débiles intentos, aunque fueran grandiosos en su bajeza. Sin embargo, estos intentos adquieren ahora, después del II Congreso de la III Internacional, bajo la consigna: "En cada país solo un partido comunista", un carácter sistemático, y probablemente se llevarán a cabo durante semanas y meses con toda su fuerza. No hay razón para eludirlos.

La cuestión de la unificación de todos los comunistas debe ser discutida a fondo por toda la militancia. Puede parecer repugnante, incluso asqueroso, que los mismos hombres que una vez dividieron al partido en su conjunto, ahora, por razones demasiado transparentes, cortejen al KAPD con dulces tonos de paz, aunque saben que este no solo no ha abandonado su antigua posición, sino que la ha profundizado, ampliado y consolidado

permanentemente. A pesar de todo, no se debe eludir. Y solo hay una cosa que debe tenerse en cuenta incondicionalmente: la actividad de la organización no debe sufrir ni un solo momento. Por lo tanto, hay que acabar rápida, despiadada y a fondo con esas maniobras que ya nos costaron bastante caras en su momento, cuando los agentes ocultos del Spartakus estaban activos por todas partes y condenaban cada reunión a la infecundidad. Con lo cual se alcanzaba su objetivo.

Pasemos al asunto: La revolución proletaria, el surgimiento y devenir de una sociedad socialista, encierra dos problemas, uno técnico y uno espiritual. Ambos están entrelazados. Pero si se los considera por separado para poder abarcar mejor el conjunto, el primero significa: ¿Cómo puede el proletariado conquistar y mantener el poder político de la manera más segura y rápida, y cómo debe llevarse a cabo la construcción económica? El segundo dice: ¿Cómo llega el proletariado como clase, de la manera más segura y rápida, al autoconocimiento, al autogobierno? ¿Cómo surge del conflicto de todos los intereses egoístas particulares la voluntad de comunidad social, de pensamiento y vida sociales?

En otras palabras: El primer problema se agota en aquella frase de Engels (que Radek ha hecho suya): El comunismo es la doctrina de las condiciones de la victoria de la clase obrera. El segundo ve desde el principio en la lucha por el comunismo una lucha consciente por una nueva ideología proletaria, por la liberación total de los trabajadores de la cultura capitalista, de los métodos capitalistas de pensamiento y de vida. No cabe duda, por supuesto, de que la formación definitiva del mundo espiritual proletario se realizará después de la transformación de la propiedad privada en propiedad común. Pero también es seguro que en el proceso de la revolución tiene lugar una cierta anticipación cognitiva de esa existencia social, que actúa entonces como una poderosa palanca en la lucha por el ideal anhelado. Según que el poder se conquiste antes o después, según el momento más temprano o más lejano en que la base económica adquiera carácter social, los dos momentos se harán sentir de igual manera o con distinta intensidad.

En Rusia, la dictadura se ha conquistado extraordinariamente pronto debido a una serie de circunstancias favorables. Los años de esfuerzos únicos para mantener el poder, la falta casi total de preparación de toda la clase obrera, han puesto el problema técnico en primer plano. El problema espiritual —dejando de lado el crecimiento natural y automático hacia la vida social como consecuencia de la base económica modificada— se ha convertido esencialmente en un problema de educación, incluso de imposición forzosa por parte de un pequeño grupo de iniciados. Desde este punto de vista, es comprensible que los dirigentes rusos —ya por razones de autoafirmación— concedan, una vez y naturalmente con razón, un valor extraordinario a la rápida conquista del poder por el proletariado en los demás países y que consideren sus métodos probados en Rusia como casi universalmente válidos; que, por otra parte, concedan solo un valor condicional a un autodesarrollo gradual de las masas, e incluso lo traten inicialmente con desdén, esperándolo todo, en cambio, de la fuerza de los "dirigentes", que deben imponer a las masas su superior comprensión, llegado el caso, incluso por la fuerza.

Este es el espíritu que respira el II Congreso de la III Internacional. No se puede decir más claramente que con las palabras de las tesis del Comité Ejecutivo:

> El Partido Comunista debe estar construido sobre la base del centralismo democrático. El principio fundamental del centralismo democrático es la elegibilidad de la célula más baja, la validez absoluta de todas las directivas de la célula superior para las células subordinadas a ella, y la existencia de un centro poderoso del partido, cuyas decisiones son indiscutibles para todos los dirigentes de la vida del partido de congreso en congreso.

La esencia de estas frases solo está débilmente velada por la justificación de que hay que oponer al capital centralizado y concentrado un arma igual.

Ciertamente, pero el capital no está —al menos aún no— igualmente en forma en todas partes. Y así, la lucha contra este capital también se desarrolla de manera diferente. Diferente también antes o después de la conquista del poder por el proletariado. Estas tesis del Comité Ejecutivo significan la uniformación de la lucha de clases en cada detalle. Ciertamente, un objetivo deseable en sí mismo. Pero se produce un engaño peligroso. Aquí se realiza una uniformación, una unificación unilateral sobre la base —podemos decir desde nuestra posición— de las relaciones anormales rusas, y además sobre la base de ciertas relaciones de dirección, no sobre la base de las relaciones de clase en los distintos países.

No rechazamos, pues, estas y otras tesis similares del Comité Ejecutivo porque sean demasiado "radicales". Al contrario, nos parece que el C.E. —al menos por el momento— se entrega a un oportunismo nada despreciable. Hemos demostrado con los hechos que fuimos los primeros en dar y seguir las consignas más activas en las luchas de marzo, como ahora en la lucha ruso-alemana-polaca-ententista, a las que los demás siguieron rezagados. Tampoco pensamos en rechazar una disciplina estricta, pero exigimos, a partir de nuestra valoración del proletariado alemán, un centralismo que no entregue al proletariado a unos cuantos dirigentes del partido en la dirección espartaquista, que siempre han demostrado que o no tienen nada en común con las necesidades del proletariado o han perdido completamente el contacto con él, sino un centralismo que se exprese en la más estricta autodisciplina como querida desde abajo, un centralismo de consejos. Quien se burle de ello o lo considere utópico, demuestra simplemente que el desarrollo de la parte más avanzada de los obreros alemanes le ha pasado desapercibido, demuestra su actitud egoísta, demuestra que pretende dominar la revolución en Alemania como empresario, no como socialista.

Pero precisamente a causa de estas circunstancias, no nos tomamos trágicamente las disposiciones del C.E. Sabemos que tales uniformaciones pueden ser prescritas con una intención determinada —como parece ser el caso aquí—, a saber, para desencadenar ciertos efectos mediante una gran propaganda al mismo tiempo, como por ejemplo en Alemania el rescate de la dirección espartaquista o la división del USPD, o la agitación en general, o todo junto y aún más; pero también sabemos que nunca y en ninguna parte pueden ser llevadas a cabo de esa manera. Por eso valoramos estas tesis solo como propaganda, y en este sentido actuarán disolviendo y, por tanto, revolucionando sobre formaciones organizativas atrasadas, como lo son el USPD y los sindicatos. La lucha de prensa ya lo indica. Sirven a la técnica de la revolución.

Pero después de un cierto período de tiempo, y ya ahora en la construcción de organizaciones proletarias realmente revolucionarias, si se impusieran por las buenas o

por la fuerza, desencadenarían en poco tiempo —después de un bonito jaleo unificador— efectos no unificadores ni revolucionadores, sino destructores y contrarrevolucionarios; en cada país a su manera. Es comprensible que muchos "dirigentes" alemanes, que ahora se arrastran ante Moscú, acojan con agrado, en su interés, una disciplina cadavérica adaptada a Rusia como esta, e incluso que esta consecuencia rusa (además, con un conocimiento personal de las condiciones de los trabajadores rusos) les impresione. Pero con ello, en Alemania, cuanto más tiempo pase, más rechazos recibirán. El proletario alemán está saliendo —aunque terriblemente despacio— de la servidumbre del suboficial. El militarismo, aunque sea el del proletariado, es aplicable cuando la necesidad de un período de transición lo exige, pero no puede ser elevado a sistema político proletario porque probablemente se necesitará en Rusia durante bastante más tiempo. En Alemania se le tendrá en cuenta, deberá estar siempre a mano como instrumento aplicable, pero aquí ya no puede ser ni seguir siendo el principio dominante.

Si ahora se inicia una fuerte propaganda para la unificación de todos los verdaderos revolucionarios en un solo partido comunista, eso es —en sí mismo— de bienvenida. Al considerar nuestra posición ante la unificación, no nos dejaremos guiar en modo alguno por motivos personales. Nadie en el KAPD y en la AAU lucha por ningún "dirigente", sino todos por su convicción. Precisamente por eso, probablemente todos están indignados por la falta de escrúpulos de ciertos hombres de la dirección espartaquista, que —ellos mismos comprometidos por las más viles maniobras políticas— se erigen en jueces; que, astutamente, trabajan hábilmente con halagos y amenazas. Probablemente todos se ríen de que tales personas revelen su carácter también en que quieren satisfacer su venganza personal mediante la denuncia de personas que les son desagradables. Aunque saben que en el KAPD existe una concepción uniforme, no por mandato y bajo presión, como entre ellos mismos, sino que cada uno vive de una convicción que ha ganado con todos los demás en largas luchas.

Es característico que en estas luchas prácticamente no se escindiera ningún miembro, sino solo funcionarios y aquellos que se sentían "dirigentes".

Todos también se encogen de hombros ante la sugerencia de que admitan el "error" de no reconocer las tesis de Heidelberg. 40.000 miembros del partido y 80.000 miembros de la Unión [AAU] no pueden reconocer un "error" que les ha capacitado, con un aumento constante de su fuerza, con los medios materiales más primitivos, para aumentar la actividad de las masas antes que todos los demás, para dominar mejor que todos los demás el problema técnico de la revolución, la lucha por el poder. Todo el mundo sabe muy bien que los grandes astutos que hoy aparentan superioridad están llenos hasta el borde de errores políticos. Baste mencionar la actitud vacilante durante meses hacia los sindicatos, el fracaso durante la huelga de Alta Silesia, durante los días de marzo (que los propios rusos critican tan duramente), el comportamiento durante el actual avance ruso, que aparentemente solo ha cambiado por orden de los rusos.

Pero todo esto no impide en modo alguno un examen objetivo de la cuestión de la unificación. Para nosotros no es una cuestión de prestigio, como para aquellos. Sin duda, el momento es favorable. Tres cosas ejercen un efecto particularmente fuerte en dirección a la unificación. En primer lugar y ante todo, la autoafirmación de Rusia, ahora el avance de Rusia, y con ello la posibilidad de tenderle la mano mediante una gran acción común.

En segundo lugar, contribuye en gran medida a ello la miseria ininterrumpidamente creciente y la consiguiente mayor inclinación a la solidaridad. Y en tercer lugar, actúa un factor psicológico: como reacción natural a la ya tan larga "autodestrucción" en amplios sectores de la clase obrera, surge una aversión cada vez mayor contra la llamada fragmentación. A ello se suma la esperanza de una unificación de todos los trabajadores realmente revolucionarios tras la desintegración del USPD, que ya hace tiempo que no existe.

Estas razones tienen un peso considerable. Si queremos exponer la posición del KAPD y de la Unión [AAU] ante ellas, debemos responder primero a la pregunta: ¿Qué quieren estas organizaciones? Esta pregunta debe responderse, aunque sea brevemente, ya porque —lamentablemente no sin la ayuda de las instancias del USPD y del KPD— se difunden en Alemania y, aún más, en el extranjero, concepciones completamente falsas sobre ellas.

Estas organizaciones no tienen nada que ver con un "seudorradicalismo pequeñoburgués anarquista, que se aísla de la vida real del proletariado y cree poder limitarse a predicar la doctrina pura en el vacío".

Esta acusación de "enfermedad infantil" suena ciertamente muy superior, pero no es más que sabiduría de oficina de un dirigente engreído que cree que la revolución es su monopolio.

En primer lugar, estas organizaciones no se aíslan en modo alguno de los proletarios. A menos que —y a esto probablemente se aluda— prefirieran el boicot activo a la participación en las elecciones, y obtuvieran excelentes resultados con ello. En el más firme contacto con las masas, han hecho comprensible mediante su acción lo que el KPD predicaba sin poder hacérselo comprensible a las masas de ningún modo: la insignificancia del parlamento. Con ello han aclarado las mentes, en lugar de confundirlas.

Antes de que puedan hacerse comprensibles a los proletarios los atormentadores devaneos mentales de las tesis del Congreso de Moscú sobre el parlamentarismo, probablemente este no solo habrá terminado en Alemania, sino en Europa. Y recurrir para el parlamentarismo a las relaciones primitivas de los partidos rusos de entonces es ridículo. Nunca hay que dejarse desconcertar por las palabras, sino examinarlas siempre de nuevo en cuanto a su contenido bajo otras condiciones. Lo que allí, bajo relaciones económicas y obreras atrasadas, debía llamarse pequeñoburgués-anarquista, puede ser lo deseable bajo condiciones avanzadas.

El KAPD y la Unión [AAU] tampoco se limitan a predicar la doctrina pura en el vacío. Con esto se alude evidentemente sobre todo a la actitud hacia los sindicatos, de destruirlos desde fuera. También en esta lucha, en la que ciertamente se trata de "atraer a los movimientos de masas del proletariado a su órbita", no se pierde ni un momento para llegar a las masas, y precisamente allí donde mejor se las puede alcanzar: en la fábrica. Los éxitos demuestran la justeza de esta táctica. Y también aquí se aclaran las mentes y no se confunden. Aquellos quieren hacer la revolución con astucia; aquí se da el valor principal a la liberación de la voluntad de masas proletaria, tal como se encuentra en el camino y en la dirección del devenir histórico.

Y este camino no paraliza la actividad, sino que la despierta en su máxima intensidad. Hasta ahora se ha mostrado en cada situación decisiva (en marzo, como ahora) que la Unión [AAU] y el KAPD fueron los primeros en dar las consignas decisivas y en atraer a las masas a su órbita. Pudiéndose dejar tranquilamente de lado las acciones provocadas por soplones o delincuentes.

Pero todo esto no son sino piezas de una concepción global, es solo el desagüe de una actitud global determinada. Esta actitud significa que la Unión [AAU] y el KAPD, a pesar de su más intensa participación en la solución del problema técnico de la revolución (una participación que demuestran y seguirán demostrando en todas partes en primer lugar), dedican sin embargo su trabajo principal al segundo problema. Al problema que (como se dijo al principio) ve en la lucha por el comunismo una lucha consciente por la nueva ideología proletaria, por la liberación total de los trabajadores de la "cultura" capitalista, de los métodos capitalistas de pensamiento y de las manifestaciones de la voluntad. Desde este punto de vista, es posible reconocer la fase actual de la revolución, los esfuerzos de la dirección espartaquista y de sus simpatizantes o afines, ya como una determinada episodio histórico y comprender su desarrollo. Vemos su condicionamiento histórico y su —en cierto sentido— necesidad histórica. Son, en gran parte, con o sin su voluntad, los pioneros de nuestros objetivos. Por eso observamos a veces con horror y repugnancia, pero al final siempre con serena tranquilidad, sus manifestaciones vitales, que son en todo caso manifestaciones vitales de sus direcciones. Con la dictadura del proletariado quieren decir en realidad, en primer lugar, ya que lo posterior no les importa, dictadura de los dirigentes. Recitan la frase y sabotean el hecho. Supuestamente sangran por el proletariado, pero viven bien y sin preocupaciones. No sufren como el proletario, sino como cualquier empresario por su propiedad. No dan importancia al número de miembros y sin embargo practican la más astuta caza de votos. No se aferran a sus puestos, pero nadie se va, y si lo hace, aparece inmediatamente en otro lugar. Las masas deben decidir, pero deben someterse en todo a la superior comprensión de los dirigentes. No se hace caza de cargos, pero cada uno piensa ya en un puesto determinado. No se inclinan ante los tronos, pero se someten a los financieros en una "disciplina autoimpuesta". No aman en absoluto al pobre proletario ruso, pero aprecian la ayuda de los dirigentes rusos. Mienten, intrigan, calumnian, falsean, etc., todo en interés del proletariado, en realidad en su propio interés. En lugar de ejecutores de la voluntad del pensamiento proletario, surgen nuevos amos del proletariado.

Si en Rusia los dirigentes como nuevos amos tienen la confianza de las masas, hay que concederles, mientras dure tal estado de cosas, el derecho histórico de su punto de vista. Pero en Alemania no existe ninguna justificación para una dictadura de dirigentes cuando precisamente los cientos de miles de proletarios más activos y realmente revolucionarios la combaten encarnizadamente. Basta, aunque habría infinitamente más que decir. Nos resignamos al conocimiento de que en una determinada época de transición, la esencia del hacer de los dirigentes, de sus métodos, la esencia y la estructura de los partidos y muchas otras cosas llevan todavía una buena parte del viejo carácter capitalista e individual, e incluso que, en nuevas y siempre cambiantes vueltas, astutos políticos de negocios se salvan en la nueva sociedad y luego incluso harán como si siempre lo hubieran dicho. Todo esto ocurrirá necesariamente, queramos o no. Precisamente por eso debemos ponerlo a nuestro servicio en la medida de lo posible e intentar aprovecharlo.

Pero debemos, también en respuesta a la acusación que ha tenido que afectar a todos los pioneros: ser considerados utópicos, sectarios, locos, etc., poner cada vez más en primer plano la lucha por el desarrollo de la autoconciencia del proletariado. Esta lucha no es sectarismo, porque decenas de miles de proletarios ya la llevan a cabo; con toda claridad, con toda determinación. Y precisamente innumerables proletarios que hoy abandonan el USPD, solo por razones de desorientación se ponen bajo las alas de la dirección espartaquista. Pronto estarán con nosotros, pero en todo caso muy pronto se harán notar en esta dirección dentro del nuevo partido.

Desde tal posición, el KAPD y la Unión [AAU] libran sus luchas, plenamente conscientes, no bajo el punto de vista de que quieren llegar al poder, al gobierno, como lo quieren la dirección espartaquista y los dirigentes del USPD. Libran su lucha en medio de las masas del proletariado únicamente por el desarrollo de la autoconciencia del proletariado. Esta lucha es ya ahora históricamente necesaria, pero saben muy bien que las mayores tareas les esperan solo después de la conquista del poder, después del inicio de la fase de gobierno bajo las alas del alma espartaquista. Si la conquista del poder político tarda aún mucho, quizás el cuadro cambie, pero no perderá su carácter esencial.

Así pues, tampoco nos alcanzan las acusaciones del C.E. cuando dice: "Quien propone a un partido comunista adaptarse a los consejos, quien ve en tal adaptación el fortalecimiento del carácter proletario del partido, hace un flaco favor tanto al partido como a los consejos." Pues si el C.E. confiesa al mismo tiempo que en Rusia los consejos se enfrentaron a los comunistas, si se sabe que en Rusia los consejos son designados y destituidos por el partido, eso solo significa que el C.E. no sabe lo que entendemos por consejos. Para nosotros solo existen consejos reales allí donde la pura voluntad de clase proletaria se expresa en absoluta oposición a todas las viejas formas. Eso ya ocurre en la Unión [AAU]. Los llamados consejos de los anteriores congresos de consejos eran para nosotros tan poco consejos como los consejos de fábrica legales. En el mejor de los casos, se trata de órganos auxiliares que pueden utilizarse en una época de transición como medio para perturbar y quebrar el antiguo orden. La idea de los consejos triunfará tanto más —y es una victoria de naturaleza esencialmente distinta a la de la mera conquista del poder estatal— cuanto mayor sea el partido comunista que surja en cada país, pero precisamente un partido que no esté compuesto por dirigentes, que no utilice la idea de los consejos como su instrumento y monopolio, sino que se convierta en una organización que sea la expresión del devenir social, en la que la obediencia cadavérica se disuelva en disciplina autoimpuesta.

La justa acusación de utopismo solo alcanzaría al KAPD y a la Unión [AAU] si, en su actitud histórica, desatendieran las demás realidades y no demostraran la actividad necesaria en el presente. Pero ocurre lo contrario. La situación histórica es hoy tal que el problema técnico de la revolución es promovido en sumo grado por la dedicación consciente también a lo espiritual.

El KAPD y la Unión [AAU] ven en los combatientes rusos poderosos pioneros de la revolución, grandes perturbadores del orden capitalista, cuyos métodos están dictados en gran parte por la temprana conquista del poder; además, ciertamente, también por una constitución psicológica diferente tanto de los dirigentes como de las masas.

Pero ven, con pleno reconocimiento de que la lucha revolucionaria en Europa occidental debe librarse no menos intensa y también no menos activamente, que aquí, bajo condiciones diferentes, además aún antes de la conquista del poder, deben tener cabida otros métodos; métodos que, utilizando las experiencias rusas y teniendo en cuenta las condiciones económicas y psicológicas diferentes de los trabajadores, deben estar orientados a una conexión más estrecha del problema técnico y espiritual de la revolución. En el curso ulterior de la revolución, el Comité Ejecutivo en Rusia no solo tiene que gobernar, también tiene que obedecer.

Desde estas consideraciones, que naturalmente solo son indicativas, debe abordarse la cuestión de la unificación. El KAPD y la Unión [AAU] no son opositores absolutos de una unificación; mucho menos opositores de una acción conjunta de los trabajadores en la acción. La unificación se realizará como un proceso en los consejos —la unificación de dirigentes carece de valor. Solo se realizará una unificación aparente bajo el bastón de mando de la dirección espartaquista, diez veces desacreditada. La Unión [AAU] y el KAPD tampoco vuelven a caer en las más astutas maniobras para la fragmentación de su organización. Saben que tendrían mucho que perder y poco que ganar. Algún día, en la consideración histórica del movimiento obrero, serán nombrados con orgullo. Si fueran destruidos —la necesidad revolucionaría forzaría pronto su refundación.

Posdata. La cuestión de la "unificación" es un recorte parcial de política interior del problema más amplio: la ***III Internacional****. De ello tratará un segundo artículo.*

Comunismo oriental y occidental

El ardiente odio de un Tolstói y un Dostoievski contra "Europa" es la expresión de una absoluta oposición de dos mundos, de los cuales el uno, bajo las contradicciones internas del modo de producción capitalista, había engendrado una cultura que, a su vez, por su antagonismo interno[1], se había vuelto problemática[2] antes de que la guerra mundial hiciera del "Ocaso de Occidente" un hecho histórico mundial, mientras que el otro mundo, el mundo ruso —si se nos permite llamarlo así—, dada su estructura económica y social primitiva, se encuentra apenas en el comienzo de un desarrollo cultural que, según toda probabilidad, producirá formas de vida espiritual, de pensamiento y de creación artística completamente distintas de aquellas que hoy en su totalidad constituyen el compendio de la cultura occidental europea.

El capitalismo ha colapsado en Rusia antes de haber tenido la oportunidad de desarrollarse y desplegar sus efectos, y los trabajadores y campesinos rusos se enfrentan al gigantesco problema de construir un mundo comunista para cuya existencia faltan en realidad las condiciones previas, ya que no es sino el resultado del modo de producción capitalista que necesariamente precede al comunismo. Mientras que en Rusia, por la victoria de la revolución proletaria, el comunismo tiene vía libre para desplegarse, sin poseer sin embargo, debido al atraso de la economía rusa, la posibilidad de un pleno

1 *Antagonismo interno* se refiere a las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista.
2 *Problemática* en el sentido de que su desarrollo y estabilidad se vuelven cuestionables o inciertos.

desarrollo en el momento actual, el problema para el proletariado de Europa occidental reside precisamente en que, a pesar del desarrollo sobremaduro para el comunismo de las condiciones económicas y sociales de Europa occidental, el comunismo aún no puede realizarse, porque la fuerza de resistencia de la clase capitalista se muestra más fuerte que el poder del proletariado consciente de clase.

Reconocido esto, nos enfrentamos ahora a la cuestión de si existe la perspectiva de que, tras la victoria del proletariado de Europa occidental sobre el capital, pueda superarse el abismo que, sin duda, entre el bolchevismo ruso y el comunismo de Europa occidental entonces probablemente se manifiesten en mucho mayor medida que hoy puede ser el caso. Esta cuestión es de importancia decisiva, porque de su respuesta depende el destino del comunismo en su conjunto. Para encontrar una respuesta, será necesario esbozar en líneas generales la esencia más íntima del comunismo oriental y occidental. Con esta ocasión, recuérdese que el antagonismo entre el mundo eslavo y la civilización de Europa occidental encontró ya dentro de la Primera Internacional su expresión simbólica en el conflicto entre Marx y Bakunin. Y se tiene probablemente derecho a la opinión de que la lucha de Marx y Bakunin ha puesto al desnudo todo el problema que un día, para el comunismo después de su victoria sobre el capital mundial, adquirirá una importancia actual. No es el "anarquismo" de Bakunin el punto de discordia entre él y Marx, no es el principio "autoritario" o antiautoritario en el socialismo lo que constituye el antagonismo entre marxismo y bakuninismo. El antagonismo es más profundo. Consiste, por una parte, en los métodos de pensamiento fundamentalmente diferentes en general y en las causas históricas de esta diferencia. Lo que Marx reprocha a los románticos de la revolución del tipo de Willich-Schapper, que a ellos "en lugar de las relaciones reales, la mera voluntad les aparece como el motor de la revolución", vale también para Bakunin. En otras palabras: el marxismo es pensamiento científico-histórico que somete las "relaciones reales" a un análisis que hace aparecer la superación del capitalismo resultante de su contradicción interna como una necesidad histórica, y define así la voluntad de revolución como un factor de la condición histórica. Esto no significa en modo alguno una subestimación de la voluntad en su valor para la revolución. Sin voluntad hacia el socialismo, tampoco Marx ve ninguna posibilidad de realización del socialismo. Pero por el hecho de que, en lugar de la mera voluntad, ve el motor de la revolución en las "relaciones reales", el estudio de las respectivas condiciones económicas, sociales y políticas se vuelve determinante para la forma en que el proletariado debe configurar la tensión de su voluntad hacia la conquista del objetivo final según el estado de las cosas. Sin duda, ese es el único camino correcto hacia el socialismo, y sin duda el proletariado, mediante la necesidad reconocida del estudio de las respectivas condiciones, se beneficiará considerablemente en su formación teórica, lo que, con vistas a la toma del poder político, significa una ganancia positiva; pero la formación absolutamente necesaria produce, por otro lado, el hecho desagradable de que la creciente intelectualidad del proletariado hace inevitables fenómenos de inhibición en la voluntad de revolución. La duda es hija de la creciente intelectualidad, mientras que para el pensamiento primitivo solo desempeñan un papel esencial la fe o la incredulidad.

Sea como fuere, una cosa es segura: para el proletariado de Europa occidental, y especialmente para el alemán, el socialismo, como heredero de la filosofía clásica alemana, conservará su carácter eminentemente científico. Muy distinto es el caso en Rusia. El ejemplo de Bakunin mostró ya la distancia casi insalvable entre la cientificidad

de Europa occidental y la incomprensión rusa ante la inexorable implacabilidad de las leyes históricas. Y esto es típico del pensamiento ruso en general. La antipatía de los más grandes poetas rusos, Tolstói y Dostoievski, hacia la civilización europea, el asombro ingenuo de Tolstói ante el hecho de que la humanidad actual rechace las enseñanzas del cristianismo, que a él le parecen tan simples, proceden de la incapacidad de comprender y reconocer las necesidades históricas como tales. Frente a ello, la cientificidad de un Lenin o un Plejánov no prueba nada. En primer lugar, no se trata aquí de una cientificidad originalmente rusa, sino que es simplemente tomada de Europa occidental. Y precisamente el tratamiento completamente doctrinario del marxismo en Rusia —esto vale especialmente para Lenin— muestra la dependencia interna respecto a una cosa que se acepta como dogma y que, por tanto, permanece más allá de toda crítica. Sin duda, el marxismo será convertido en Rusia en una doctrina de fe, igual que antaño el Evangelio. La credulidad innata rusa se apoderará de cualquier objeto, sin que importe que se trate de un objeto que asesta el golpe de gracia a toda credulidad.

Pero la forma de pensar fundamentalmente no científica es característica de la historia del desarrollo del bolchevismo. La mera voluntad como motor de la revolución desempeña aquí un papel importante. El movimiento revolucionario en Rusia no tenía en absoluto sus raíces originales en las masas proletarias. Sus portadores, intelectuales de origen burgués o incluso aristocrático, que en las décadas de 1860 y 1870 del siglo pasado se toparon por primera vez con el socialismo al estudiar la literatura de Europa occidental, no se tomaron la molestia de investigar bajo qué condiciones económicas y políticas sería viable el socialismo en Rusia, sino que vivían en la ilusión de poder convencer a los campesinos rusos de la necesidad del socialismo mediante la propaganda. Se formaron comités revolucionarios que se fijaron como objetivo la aniquilación de las relaciones existentes, con el supuesto de que la mera voluntad de revolución bastaría para llevarla a la victoria. Al ignorar las relaciones reales, que aún mostraban el feudalismo más primitivo y, por consiguiente, empujaban hacia una acción común de los trabajadores y campesinos rusos con la burguesía ascendente, se consideraba a las masas proletarias menos como portadoras de una futura revolución y más como el objeto que se necesitaba para llevar a cabo la revolución. Solo cuando, con el capitalismo que se desarrolló en las décadas de 1880 y 1890, también hizo su aparición el proletariado industrial, las masas mismas entraron en movimiento. Pero, dado el atraso intelectual incluso del proletariado industrial ruso, que se reflejaba en el enorme analfabetismo, el pensamiento de que las masas formaban la masa que los dirigentes debían amasar según su necesidad siguió siendo el leitmotiv del movimiento revolucionario en Rusia. Este pensamiento se ha desarrollado consecuentemente hasta convertirse en el principio de la dictadura de los dirigentes en la Rusia actual, aunque esta parezca tener su fundamento esencial en las condiciones objetivas del país. Pero, considerada desde el punto de vista de la historia del desarrollo, la raíz de la dictadura de los dirigentes reside en la ideología del movimiento revolucionario ruso en sí mismo. Sin querer entrar aquí en una crítica de los métodos de gobierno actuales del bolchevismo ruso, debemos constatar, no obstante, que el despotismo de unos pocos, tal como existe hoy —no se cuestionará su necesidad—, abre un abismo entre Rusia y Europa occidental que actualmente parece insalvable. Y no es el hecho de este despotismo en sí mismo lo decisivo, sino precisamente su necesidad manifiesta. Pues este fenómeno es la prueba más clara de que la distancia espiritual entre el proletariado ruso y el de Europa occidental se mantendrá en el futuro previsible.

Pero el abismo entre Europa del Este y Europa Occidental se amplía cuanto más se hace esperar la victoria de la revolución proletaria en los países occidentales. Mientras Rusia se mantenga aislada como Estado socialista, también se retrasará la construcción económica y, con ella, el desarrollo cultural de Rusia. Pero la construcción económica de Rusia solo es posible con la ayuda de la industria de Europa occidental. Esto, naturalmente, solo podrá ocurrir en toda su extensión después de la victoria de la revolución proletaria en los países de Europa occidental, lo que, en vista del enorme poder de la clase capitalista alemana, inglesa y francesa, equivale a un proceso largo y laborioso. Pero incluso cuando esta condición esté dada, los rusos se enfrentan a la gigantesca tarea de desarrollar, mediante un trabajo planificado, las fuerzas productivas del país para construir un organismo económico que, en Europa occidental, se ha desarrollado orgánicamente bajo el estímulo de los motivos de la economía de lucro. Solo así podría llegar a ser realidad para Rusia una estructura económico-social según el modelo de Europa occidental. Y solo entonces es previsible que el desarrollo cultural del pueblo ruso tome una dirección similar a la de Europa occidental. Pero una diferencia fundamental persiste: Rusia se ha ahorrado casi por completo la atmósfera de la cultura burguesa. No ha sido tocada por el escepticismo occidental. El campesino ruso no sabe nada de Nietzsche, Richard Wagner o Strindberg. Su energía espiritual aún no está quebrantada, su fantasía artística no está corrompida por el kitsch de la civilización occidental. Un segundo Dostoievski es difícilmente concebible en una Rusia comunista donde el hambre sea desconocida y la higiene moderna de las viviendas haga imposibles los desvanes de Raskólnikov. El comunismo en Rusia puede convertirse en el amanecer de la humanidad. Si precisamente por eso será comprendido por Occidente, es otra cuestión.

El parlamentarismo en la revolución proletaria

Según la concepción materialista de la historia de Marx-Engels, el conjunto de las relaciones económicas y de intercambio de una sociedad constituye la base real de la que surgen todas las diversas concepciones sobre las cosas sociales, es decir, nuestras representaciones jurídicas y políticas son reflejos condicionados de la economía. Mediante el aumento de las necesidades humanas, las relaciones de producción y de intercambio se modifican. Pero cuando esta base material se transforma, ello no queda sin consecuencias en el pensar y el actuar de los hombres; pues los cambios en las relaciones económicas se hacen conscientes para ellos, tarde o temprano, como antagonismos de clase. Las contradicciones en las relaciones de producción son sentidas por los hombres como tales, más rápida o más lentamente. Se produce una transformación en las representaciones. La economía como base material y el pensamiento como superestructura ideal no se comportan entre sí como los brazos de una balanza de brazos iguales, donde un brazo sube tanto como el otro baja. La relación entre ambos no es un proceso mecánico, sino un proceso dialéctico. La transformación de las relaciones de producción y de intercambio tiene como consecuencia, solo gradualmente, una inversión de las ideas y concepciones. Todo está sometido al cambio y a la transformación. Nada permanece quieto, todo fluye, es desarrollo.

En tales circunstancias, los conceptos pierden su significado fijo. Lo que ayer era bueno y adecuado, hoy se ha vuelto malo e insuficiente. Lo que hace poco se consideraba correcto y moderno, se ha transformado ahora en falso y anticuado. El conjunto de las relaciones económicas bajo las cuales antes eran válidas ciertas propiedades y concepciones, ha adoptado nuevas formas y ha provocado así una inversión de lo bueno y lo malo, lo correcto y lo falso, etc. Esta concepción de las leyes y fuerzas motrices de la historia de la sociedad hace posible reconocer aproximadamente el desarrollo ulterior de la historia, y así queda resuelta la cuestión de la teoría y la práctica en la política.

En el orden económico capitalista existente, la sociedad está dividida en clases, en grupos de personas con intereses diversos que se enfrentan hostilmente y se combaten. Este estado de cosas está condicionado por la propiedad privada de los medios de producción y de la tierra. La libre competencia y la producción capitalista de mercancías generan las contradicciones entre la producción y la distribución de los bienes, y las crisis con desempleo, es decir, hambre y miseria para las masas de los trabajadores. Las crisis destruyen a su vez una serie de pequeñas y medianas existencias independientes. Mediante la enorme concentración, el poder del capital se incrementa y aplasta cada vez más los restos de las clases y capas en decadencia. Internacionalmente, la humanidad es proletarizada y atomizada; el propio trabajador se convierte en una mercancía que, como dice Marx, debe vender su fuerza de trabajo por piezas o por horas para poder vivir. Pero al mismo tiempo, el modo de producción desarrolla también los elementos de su superación. Los desposeídos de los medios de producción y de la tierra reconocen que solo la expropiación total de toda propiedad privada y su transformación en propiedad social representa una solución. La creciente concentración de enormes capitales en manos de unos pocos hace posible tal expropiación por parte de la sociedad. Los explotados se unen para eliminar el estado de cosas existente.

Los antagonismos de intereses entre las distintas clases se han manifestado con particular fuerza después de la guerra y ahora deben ser superados por el socialismo, si los trabajadores no quieren ser aún más esclavizados.

La unión de las distintas capas y su lucha encuentran su expresión en los partidos políticos y sus controversias. La revolución social no es, por tanto, obra de agitadores aislados, sino que es el producto de las contradicciones provocadas por la economía capitalista. Pero también la forma de la lucha y sus medios están sujetos a las condiciones políticas e históricas. No se puede librar la lucha según fórmulas absolutas ni con armas absolutas. Su táctica y sus armas deben adaptarse a la base económica si se quiere lograr algún efecto. El uso o no uso de los medios de lucha debe deducirse del estado de la transformación social y del nivel del conocimiento revolucionario de clase que de ella se deriva. A causa de las descomposiciones y desplazamientos que actualmente se producen en la base económica, han surgido entre los trabajadores diferentes valoraciones sobre sus herramientas en la fase actual de la lucha de clases, [así como también sobre el parlamentarismo.][3] Mientras una parte lo considera aún una espada afilada del proletariado, otros opinan que el óxido de la historia ha corroído el filo de la hoja. Estas diferencias no son creadas artificialmente por enfado o razones similares, sino que son el

3 El texto original indica aquí una nota al pie o una adición textual que no se ha conservado en su totalidad, pero que se refiere a la inclusión del parlamentarismo entre las herramientas de la lucha de clases objeto de debate.

reflejo ideológico de una valoración desigual de la revolución proletaria que se está desarrollando ante nuestros ojos. También para el parlamentarismo y su aplicación vale lo que vale para las ideas sociales en general. No es un dogma rígido ni lo eternamente correcto. También el parlamentarismo es arrastrado por el torbellino y sus leyes. La economía política lo condiciona también. Una consideración crítica de la historia hará, pues, justicia a su significado actual.

El parlamentarismo moderno, en su primera aplicación, no es obra original de la clase obrera, sino un arma del joven capitalismo. Cuando este modo de producción adquirió una importancia decisiva para el Estado y la sociedad, el poder político de la burguesía era aún muy escaso. La nobleza, la Iglesia y la monarquía mantenían todavía firmemente el dominio en sus manos; pues, junto con la artesanía en las ciudades, como los mayores terratenientes, habían sido al mismo tiempo la clase dominante en la economía natural medieval. Este modo de producción fue siendo desplazado cada vez más por la nueva economía monetaria. Pero los restos aún existentes del feudalismo y las viejas disposiciones gremiales eran para la industria moderna, que quería expandirse, trabas molestas. Mediante la revolución de la burguesía de 1848 se puso fin a este estado de cosas y se quebró el poder político exclusivo de las viejas clases. La burguesía obtuvo la necesaria libertad de acción económica y el derecho de codecisión parlamentaria. Sin embargo, no todo fue sin rupturas del absolutismo y del feudalismo. En la lucha contra la nobleza terrateniente y la monarquía, la burguesía tuvo un aliado, a saber, el proletariado, que pertenece necesariamente al capitalismo. Ciertamente, también entre la burguesía y los trabajadores existían antagonismos. Pero primero había que vencer a las viejas potencias feudales para despejar el camino para el desarrollo y, por tanto, para el reconocimiento de los propios principios. Así vemos a clases enemistadas actuar conjuntamente cuando los mismos intereses lo requieren. Y también con un medio que originalmente era el arma de una clase: el parlamentarismo burgués. El proletariado creció rápidamente en número. Su autoconciencia se fortaleció. Ante el nuevo poder, la burguesía se asusta e intenta suavizar la lucha de clases mediante compromisos parlamentarios. Pero el progreso de la clase obrera es imparable. Pronto la vanguardia se siente lo bastante fuerte para plantar su propia bandera en el escenario histórico y anunciar la lucha más encarnizada contra el capitalismo. (Continuará.)

Arte narrativo proletario

Para decirlo de antemano: en el marco de esta breve reseña se mostrará que el Proletkult no tiene nada que ver con el arte proletario, que el Proletkult, en el mejor de los casos, puede ser uno de los muchos medios para desarrollar el arte proletario, que el arte, contrariamente a la opinión generalizada en el mercado, es y debe ser exclusivamente producto de la clase, de la ideología de clase y del antagonismo de clases. Mientras el antagonismo entre clases improductivas y productivas deba expresarse en la fórmula explotadores y explotados, mientras tanto la afirmación de la validez general de las leyes del organismo vivo es un burdo engaño burgués. El explotado, igualado por la fuerza y por la educación al explotador bajo la bendición de las condiciones de vida legales de un Estado de intereses, vive y siente bajo una igualdad de condiciones externamente forzada

lo mismo de manera diferente que el explotador, y lo siente y lo ve de manera diferente como clase, como generalidad, mientras que el burgués se avergüenza precisamente de la clase como sostén de su ideología de clase y pretende sentir solo como individuo y ser completamente independiente de las leyes que él mismo ha establecido. La concepción burguesa del arte se permite el lujo y, con ello, el doble engaño de ser individual y universal. Ya no es creativa y no puede serlo desde la fuerza primordial de la comunidad de todos, para configurar la dicha y el dolor y la variedad de los acontecimientos como parte de la vida, de lo "viviente en la vida". Solo es creativa para la parte de su vida que, para ser "viviente", necesita la vida de los demás, las condiciones económicas, el trabajo y el dinero. Es creativa para contenerlos, atraparlos, "educarlos" y representarlos. En Alemania se confunde la representación del proletariado con el arte proletario, una prueba de que el Proletkult alemán es todavía un asunto puramente burgués.

No existe, en efecto, arte proletario en Alemania; al menos, se encuentra en sus primeros y más incipientes comienzos. Con ello, también la condición previa y la tarea más esencial del Proletkult —preparar el terreno para su recepción— se derrumban. Lo que existe en su lugar son las columnas de literatos y folletinistas burgueses que de repente descubren poetas proletarios y obras de arte del pasado y del presente y se apresuran a confundir los conceptos, irremediablemente en favor de su propio yo. Los folletinistas de la *Rote Fahne* y de la *Freiheit*, las críticas literarias de la *Jungen Garde*, son prueba suficiente de ello. Debe decirse de una vez: entre los partidos del proletariado debería lograrse una concepción unitaria sobre lo que el proletariado es por esencia como clase, qué tareas tiene que cumplir ideológicamente para la renovación y humanización de la sociedad; entonces la cuestión —no tan secundaria como algunos creen— del arte proletario no se habría convertido en un terreno de juego para literatos que no tienen la menor relación con el proletariado.

Actualmente, los aficionados a la literatura se esfuerzan especialmente por descubrir novelas proletarias, narradores proletarios. Lo que se ha escrito hasta ahora al respecto es una valoración arbitraria de un individualismo burgués. La idea de comunidad de una clase oprimida, que no solo ansía la lucha contra el opresor, sino que ya construye creadoramente lo nuevo, que según su valor de contenido debe ser derecho o injusto colectivo, bien y mal, alegría y dolor, esta idea de comunidad como motivo ético de una narración se encuentra en la literatura mundial aún en sus más tempranos comienzos. En la literatura alemana no se encuentra en absoluto todavía. Curiosamente, se encuentra más en Europa occidental, y especialmente en la literatura anglosajona y americana, que en el este. Comprensible si se comprende que el problema del arte proletario depende del grado de desarrollo de la autoconciencia del proletariado. Una prueba más de que el centro de gravedad de la táctica revolucionaria debe concentrarse cada vez más en Occidente, debe adaptarse al estado del desarrollo de la autoconciencia ya logrado por el proletariado de Europa occidental, desde el momento en que la consolidación y ampliación del mundo de pensamiento proletario se convierta en condición previa para la preservación del poder político conquistado.

Como narrador proletario en gran escala, orientador, debe considerarse hoy a Jack London. Su novela *El pueblo del abismo*, aún no traducida al alemán, puede ser ejemplar. Es el ritmo de la vivencia común, comunitaria, de la sensación común de alegría y dolor, de esperanzas y decepciones comunes. El destino individual desaparece. En lugar de ser

el centro, se convierte en un matiz de colorida explicación. Se integra donde antes, en Victor Hugo (*Los miserables*), Émile Zola (*Germinal* y otros), Lemonnier, los hermanos Goncourt, Kielland, Nexø, Tolstói y Dostoievski, lo comunitario era el medio en el que el individuo se desarrollaba o se quebraba. Para cada uno de los poetas aquí citados podrían aducirse docenas de imitadores alemanes. Simpatizan con el proletariado sin ser portadores de arte proletario. Los escritos de Jack London contienen en todas partes el ritmo del acontecer colectivo. Su importancia para el futuro es incalculable, por poco que algunos de ellos contengan calidad artística en el sentido antiguo.

Todavía no se puede prever hasta qué punto los autores de las novelas contra la guerra se desarrollarán hasta convertirse en poetas del proletariado. De Leonhard Frank (*El hombre es bueno*) es difícilmente esperable; su planteamiento del problema es enteramente burgués. Quizás más bien Barbusse (*El fuego* y otros), aunque la comunidad de los sometidos a la ley de la guerra no es todavía la comunidad del proletariado, pero Barbusse conoce al menos el ritmo. Seguro es, sin embargo, suponerlo de H. G. Wells y Patrick MacGill. Característicamente para la incomprensión alemana, Wells, a pesar de numerosas traducciones, es bastante desconocido en la literatura alemana; no se conoce lo esencial de sus escritos. Wells no es solo un fantástico, un seguidor de Julio Verne, sino que las fantasías son solo el envoltorio en el que Wells ofrece arte proletario. El ritmo comunitario en conflicto con la ideología dominante, con el entorno social en general, es directamente objeto de la representación. Sus novelas *En el año del cometa* y *La máquina del tiempo* son los más importantes precursores de la novela proletaria. El proletariado, que como comunidad de seres deformados por el trabajo habita en cuevas bajo tierra y se lleva por la noche a las delicadas criaturas fabulosas que viven en la superficie entre flores en un bienestar eternamente intacto —en lo que las clases burguesas se han desarrollado en belleza—, como ahora se crían animales domésticos para devorarlos, es la representación más aguda y única correcta, por insentimental, de los antagonismos de clase en la poesía. Upton Sinclair (*Jimmy Higgins*) es una esperanza proletaria, aunque el peligro de la pura crítica social como vivencia individual está siempre presente, como muestra su última novela sobre la prensa. En esta línea se encuentra también la novela de Anatole France *Los dioses tienen sed*, así como la del noruego Johan Falkberget *En la oscuridad más profunda*.

La nueva Rusia aún no ofrece arte proletario. Se empeña en una gigantesca propaganda del arte para el proletariado, y pasa por alto deliberadamente que del proletariado han surgido ya hace décadas intentos muy viables. La literatura rusa —Kropotkin lo ha demostrado convincentemente— posee en los llamados escritores populares, los "varistas" (el nombre proviene de *verdad*), escritores que solo escriben la verdad, las circunstancias tal como son, la gente tal como vive, lo que piensa. Rusia posee desde mediados del siglo pasado escritores que son en verdad poetas proletarios. Allí se encuentra arte proletario. En el resto de Europa no se los conoce. Los más importantes son Rjeshetnikov y Uspenski. El primero describe la vida de los barqueros del Volga, de los trabajadores del ferrocarril en el pueblo de los Urales. Lo describe, pero todo se convierte en expresión de una comunidad. Y por muy espantoso, brutal y "poco artístico" que sea lo individual, transmite la impresión del conjunto, el ritmo comunitario de los oprimidos, de los pobres, de los desposeídos, de los malvados y rebeldes en el sentido de un Estado de orden burgués.

Notas políticas

La Internacional Comunista

El II Congreso de la Internacional Comunista ha hablado. Queremos confesar abiertamente que estamos poco satisfechos con los resultados de la reunión de Moscú. Este Congreso respiró aún el espíritu de una época que ha sido condenada sin piedad a muerte por la guerra y la revolución. Con esto no se quiere decir que la III Internacional muestre el rostro del socialismo de antes de la guerra. Nacida al fragor de la guerra mundial y bautizada al resplandor de la revolución mundial, tenía que convertirse, en la lucha contra la traición socialista y el oportunismo "independiente", en el instrumento de la revolución proletaria, tenía que desarrollarse hasta convertirse en el centro espiritual de la lucha de clases internacional contra el frente unido del capital mundial. Pero bajo la influencia abrumadora del Partido Comunista de Rusia, que ha seguido siendo un partido de dirigentes en el sentido prerrevolucionario y que, dadas las condiciones económicas y sociales de Rusia, tenía que seguir siéndolo, el desarrollo de la III Internacional no ha podido superar aún del todo los fantasmas ideológicos que todavía se harán sentir durante algún tiempo como herencia del mundo capitalista. Solo así se explica que el empeño de hacer de los métodos de lucha rusos, que sin duda pueden haber dado buenos resultados para Rusia, la pauta de la lucha de clases internacional, haya vuelto a obtener una victoria. No se cuestiona que los rusos crean servir así mejor a la revolución mundial. Lo malo es solo que, con ello, el oportunismo en Europa occidental —piénsese solo en el Spartakusbund— ha recibido un nuevo refuerzo en su posición, que de otro modo difícilmente sería sostenible. Así, la unificación de la táctica internacional, concebida como un arma tanto más afilada contra la contrarrevolución, se convierte a menudo en arma del oportunismo internacional. El "centralismo férreo" llevado al extremo no cambiará nada en ello. Las "acciones" parlamentarias y las demostraciones sindicales pueden ciertamente ser dirigidas con el bastón de mando de un Comité Ejecutivo. Pero donde el oportunismo ha echado raíces una vez, la disciplina más estricta ya no puede desencadenar una voluntad revolucionaria. El bolchevismo ruso está orientado a la obediencia cadavérica, ya que hoy, después de la victoria de la revolución rusa, solo existe todavía en la ideología de una pequeña élite comunista. En Europa occidental, la revolución aún no ha triunfado —pero el comunismo es la propiedad ideológica de las grandes masas. Por eso, en el seno de la III Internacional no debe haber uniformidad de los métodos de lucha, en interés de la III Internacional. Y esta no es, al fin y al cabo, sino un medio para un fin.

Una "sensación" política

La escena tiene lugar en un conocido local de reuniones en Moabit, donde el socialista mayoritario Erwin Barth da una conferencia sobre la situación política. En el debate posterior, toma la palabra un tal señor Hoffmann, que, según el *Deutsche Tageszeitung*, comenzó su discurso así:

> Soy el general Hoffmann, quizás conocido por Brest-Litovsk. Puede parecerles muy sorprendente, señores, que aparezca en una asamblea obrera para

> exponerles mi punto de vista sobre el tema de la velada. Pero las exposiciones del señor Barth me han dado el valor para hacerlo; pues también yo, desde mi punto de vista, puedo suscribir palabra por palabra lo dicho. El viejo Imperio alemán debe su florecimiento principalmente a la clase obrera alemana, y también hoy solo podemos salir del atolladero con la ayuda del obrero alemán. Por eso es muy necesario que nos expresemos mutuamente. (Vivas: ¡Muy bien!) En nuestra gran desgracia no tenemos tiempo para luchas partidistas. ¡La patria debe estar por encima del partido! (Viva aprobación.) Debemos encontrar una plataforma en la que podamos entendernos. (Grito: ¡Nacionalbolcheviques!) — El general Hoffmann sonríe negando con la cabeza ante este comentario.

La prensa burguesa calificó la aparición del general Hoffmann en una asamblea del SPD como un incidente sensacional. La única sensación es que un antiguo general imperial aparezca y tome la palabra en una asamblea celebrada en un barrio obrero. Pero no hay nada sensacional en el hecho de que el general Hoffmann aparezca en una asamblea del SPD. La sensación de que se trataría se remonta a 2 años y medio atrás. Esa sensación consistió en que el Partido Socialdemócrata hizo posible al general Hoffmann la conclusión de la paz de Brest-Litovsk. Por eso no es nada sorprendente que el general Hoffmann declare que puede suscribir palabra por palabra las exposiciones del socialista Erwin Barth. Este digno miembro de la "Internacional" de Ginebra se permitió, según el *Deutsche Tageszeitung*, el siguiente desahogo:

> «Rusia ha llegado hoy a un nivel cultural en el que Alemania se encontraba ya hace varios cientos de años. Mientras el tratado de vergüenza de Versalles esté en vigor, no será posible acercar más a los pueblos. Este tratado de paz ha dado sin duda a la clase obrera alemana una fuerte inclinación nacionalista. Mi estado de ánimo tampoco está dictado por la amistad hacia nuestros antiguos enemigos. Ante las atrocidades polacas en Alta Silesia, los asesinatos bestiales en Josephsthal, a todo obrero honesto y decente se le debe revolver la bilis ante tales barbaridades. Aconsejo no hacer siempre el papel de buenazo cuando los malos vecinos no nos quieren dejar en paz.»

Esto, ciertamente, puede suscribirlo cualquier general ludendorffiano. Pero que pueda ocurrir, es solo un síntoma más del "socialismo" del partido de Scheidemann. Quizás lleguemos a ver que el general Hoffmann sea nombrado miembro honorario del SPD. ¡Con Dios y —el señor Erwin Barth— no hay nada imposible!

La bancarrota del capitalismo

El *Frankfurter Zeitung* publicó recientemente en un lugar destacado un artículo con el título "El camino equivocado de la economía", en el que se dibuja en los colores más negros el cuadro del desarrollo económico actual en Alemania. El principal portavoz del capital comercial alemán ya no ve salida. La gran quiebra ya no se puede negar. Al final, se exhorta a los trabajadores a que por fin entren en razón y sigan soportando con paciencia el yugo de la explotación.

Queremos transmitir a la posteridad la parte final, en muchos aspectos muy interesante, en su totalidad. Dice así:

> «En el lado obrero, el conocimiento de que solo la colaboración entre empleados y empleadores podría salvarnos se ha impuesto ciertamente en las cabezas de los dirigentes. Pero solo ha dado frutos en una medida insignificante, porque estos dirigentes la mayoría de las veces no tienen el valor de oponer a la sinrazón de las masas su propia y mejor convicción, y por miedo a la competencia de los radicales, a los que temen perder a sus votantes, arrian las velas sin lucha. Los recientes actos de violencia, con cuya ayuda los trabajadores de algunas grandes empresas forzaron el cumplimiento de sus demandas, sin preocuparse de si la empresa está en condiciones de satisfacerlas, hablan un lenguaje demasiado claro. El sabotaje del pago de impuestos por parte de los trabajadores ha llevado ahora en Stuttgart al cierre de tres grandes empresas y al despido de más de 15.000 trabajadores, después de que en otros lugares los empresarios ya hubieran recurrido a medidas defensivas similares. También aquí falta evidentemente la necesaria ilustración por parte de los sindicatos, que en muchos casos no han hecho prácticamente nada para hacer comprender a sus miembros que el Reich, dada la desolada situación de sus finanzas, simplemente no puede prescindir del pago de impuestos. Ciertamente, puede haber aún numerosas empresas capaces de pagar salarios más altos. Pero en ningún caso se puede exigir, como cuestión de principio, que el empleador asuma la carga fiscal. En primer lugar, porque el trabajador se degradaría a sí mismo a ciudadano de segunda clase, y luego, porque muchas empresas ya no están en condiciones de soportar las cargas adicionales. Y también ante cada nueva reivindicación, el trabajador con formación económica debería decirse que esta no puede mejorar su situación material mientras no vaya acompañada de un aumento de la producción. Mientras esto no ocurra, cada aumento salarial no hace sino cerrar de nuevo el círculo funesto en el que se ha movido el desarrollo económico de los últimos años. Aumento de precios — descenso del consumo — aumento salarial — costes de producción crecientes — nueva subida de precios, y así sucesivamente. Un *circulus vitiosus* sin fin.»

Hay que destacar, ante todo, la naturalidad con que se hace consciente a los sindicatos su función de mantenimiento del Estado, que consiste sobre todo en que los trabajadores sean movilizados para el pago de impuestos bajo cualquier circunstancia. También es curioso el llamamiento al sentido político del honor del proletariado: ¡Trabajadores, si no queréis pagar impuestos, os degradáis a ciudadanos de segunda clase! Como si bajo la dictadura del capitalismo los trabajadores hubieran sido alguna vez otra cosa que ciudadanos de segunda clase. Pero lo mejor viene al final: ¡Por el amor de Dios, nada de aumentos salariales! Pues eso significaría querer continuar el círculo vicioso hasta el infinito: aumento salarial — aumento de precios — descenso del consumo — aumento salarial — costes de producción crecientes — nueva subida de precios, etc., etc.

Muy bien, así es. Y porque así es, se deduce la conclusión de que el capitalismo está al final de sus posibilidades. No puede vivir y no puede morir. Por eso, la clase obrera debe actuar ahora lo más rápidamente posible, ¡pues también para el comunismo existe un demasiado tarde!

Teatro proletario

Nota preliminar: La redacción de esta revista pone a disposición del Comité del Teatro Proletario una página de la revista de forma continuada. Aquí, el Comité del Teatro Proletario informará sobre su trabajo y tomará posición críticamente sobre los acontecimientos teatrales que tengan relación con el trabajador. Hoy ofrecemos algunos materiales que muestran los objetivos del Teatro Proletario y los puntos de vista desde los que tomamos posición frente a los teatros burgueses, el cine y los escenarios populares.

El Teatro Proletario hizo llegar la siguiente convocatoria a las organizaciones que pudieran estar interesadas en su trabajo:

Convocatoria
para el apoyo al Teatro Proletario, escenario
de los trabajadores revolucionarios del Gran Berlín.

¡Camaradas! ¡Camaradas!

Las condiciones económicas previas para la victoria de la revolución social se cumplen día a día de manera cada vez más visible.

La tarea principal de los revolucionarios es la clarificación, el fortalecimiento y la profundización de la conciencia revolucionaria, el anclaje de la revolución en los corazones de los proletarios, en una cosmovisión revolucionaria.

Las ideologías alimentadas por las instituciones educativas burguesas —escuela primaria, universidad popular, escenario popular, cine, prensa— se hallan en nuestras cabezas. Despiertan en nosotros respeto por los "logros" culturales de la clase capitalista. Frenan el desarrollo de la conciencia revolucionaria.

Así pues, hay que arrancarlas —hay que destruir el respeto por la cultura de los burgueses, la cultura de la explotación, que es herramienta de glorificación y autoconservación y desahogo de las relaciones económicas del capitalismo, imbuida del espíritu del individualismo.

Y las ideologías proletarias —la conciencia de que el comunismo no es solo una teoría económica, sino una cosmovisión, de que quiere crear una nueva cultura que se construya desde los puntos de vista de la comunidad de trabajo proletaria— deben ser fomentadas, así como la voluntad de libertad inmediata.

El arte revolucionario es un medio para el desarrollo de esta conciencia revolucionaria. Organiza, como nos enseña Rosa Luxemburgo y como muestra el Proletkult ruso, el sentimiento, moviliza cabezas y corazones para la lucha de clases proletaria, fortalece la conciencia de la clase proletaria sobre su misión cultural, propaga ideas para la construcción de la cosmovisión y la cultura proletarias.

¿Dónde está el **arte revolucionario** en acción? ¿Acaso en el cine capitalista del Wedding, en Alexanderplatz, en los teatros de operetas y cafés de la Friedrichstraße? ¿Acaso en los teatros capitalistas, teatros de operetas y cafés de los burgueses? ¿Acaso en los escenarios populares pequeñoburgueses, cuyas intenciones "apolíticas y puramente artísticas" sirven a un "pueblo" que no existe en absoluto mientras haya explotación y deba haber lucha de clases, cuyo repertorio, en consideración al bolsillo del empresario, se rige por el gusto estropeado de los espectadores pequeñoburgueses?

Ese no es el espíritu de nuestro espíritu.

El arte revolucionario, en su expresión dramática más viva, en conexión con el discurso político y la ilustración cultural, es lo que quiere el Teatro Proletario.

¡Camaradas! Ya hoy debemos comenzar la construcción de una tribuna revolucionaria de este tipo.

Pues el cine y el teatro burgués, herramientas de la voluntad cultural burguesa, falsean y paralizan nuestra voluntad revolucionaria.

No vayan al cine, que solo podrá ser fecundado para nosotros por el cine socialista; no vayan a los teatros burgueses, que hoy atraviesan una crisis, cuyos empresarios, por razones capitalistas, quieren atrapar a los trabajadores para llenar sus salas cada vez más vacías y, mediante la apariencia de eventos sociales, eludir el impuesto de lujo.

Ayuden a desarrollar el Teatro Proletario.

El Teatro Proletario ha sido fundado y está dirigido por trabajadores y artistas. Ha actuado por invitación de empresas, organizaciones obreras y comités de educación en Berlín; ha sido invitado a dar funciones por trabajadores de diversos lugares.

El Teatro Proletario quiere unir a los camaradas en una organización socialista-cooperativa que sea sostenida y administrada por sus asistentes.

El Teatro Proletario representa piezas serias y satíricas alegres que dan expresión a la voluntad, el anhelo y el sufrimiento del proletariado, que sirven a la reflexión y la agitación revolucionarias y propagan pensamientos de una cosmovisión proletaria.

El Teatro Proletario cuenta con artistas reconocidos como colaboradores. Quiere ya hoy intentar unir a los propios proletarios en una comunidad dramática que, sin consideración a los dogmas artísticos burgueses, dé expresión inmediata a su sentimiento vital.

La convocatoria está firmada por una serie de organizaciones.

Estas, junto con otras que se han ido sumando, han formado un **Comité de los trabajadores revolucionarios del Gran Berlín para el Teatro Proletario**. Oficialmente pertenecen a él: la Asociación Gimnástica Obrera "Fichte", el Consejo de Desempleados, la Asociación Obrera de Excursionismo Amigos de la Naturaleza, la Federación Internacional de Víctimas de Guerra, la Central de Consejos de Fábrica, la

Organización de Empresa, la Unión Libre de Trabajadores, el Comité de Educación de la KAP, el Comité de Educación del USPD. La dirección del distrito del Gran Berlín del KPD se ha excusado por razones urgentes para la sesión correspondiente; esperamos que estas y otras organizaciones participen en el futuro en el trabajo de este comité. Por razones perfectamente comprensibles, la Comisión Sindical ha rechazado la colaboración. El propósito del comité es el apoyo moral, propagandístico y organizativo del Teatro Proletario. Además, debe ejercer una censura sobre todos los teatros que se acerquen a los trabajadores. Solo cuando el comité considere adecuadas las obras correspondientes, las organizaciones afiliadas al comité podrán distribuir entradas para teatros populares y otros establecimientos burgueses en sus círculos. El objetivo ulterior de este comité —la socialización y proletarización de los teatros existentes— solo podrá alcanzarse con la revolución victoriosa.

Editado por la *Allgemeine Arbeiter-Union.*